

Líneas borrosas: la influencia de Irán y Arabia Saudita en la política interior libanesa

Said Chaya*

Resumen

Entre 2014 y 2016, la Presidencia de la República Libanesa estuvo vacante. El Reino de Arabia Saudita y la República Islámica de Irán jugaron un rol importante en el país con relación a esa crisis, en un contexto en el que ambas potencias regionales emergentes puján por su dominio. Dicha influencia no siempre se realiza directamente, sino a través de dos partidos políticos: el Movimiento del Futuro, que dirige la dinastía Hariri y representa mayoritariamente a los sunitas, y Hezbolá, la facción chiita más influyente, que cuenta incluso con un brazo armado. Al mismo tiempo, el juego de estos dos importantes actores regionales en el Líbano está atado a otra situación extrema que se vive en el Levante: el conflicto en Siria. Líbano se consagra así como un "Sistema Político Penetrado", en el que las diferencias entre las políticas locales, regionales, nacionales e internacionales se vuelven borrosas.

Palabras clave: Líbano – Irán – Arabia Saudita – Política Exterior – Sistema Penetrado

Blurred lines: the influence of Iran and Saudi Arabia in Lebanese internal politics

Abstract

Between 2014 and 2016, the Presidency of the Lebanese Republic was vacant. The Kingdom of Saudi Arabia and the Islamic Republic of Iran played an important role in the country in crisis, in a context in which both emerging regional powers are fighting for its control. But, this influence in Lebanon is not always directly implemented, but through two political parties: the Future Movement, which is run by the Hariri dynasty and represents mostly the Sunnis, and Hezbollah, the most influential Shiite faction, which has a military wing. At the same time, the game of these regional powers in Lebanon is tied to another extreme situation in the Levant: the conflict in Syria. Lebanon is thus consecrated as a "Penetrated PoliticalSystem", in which the differences between local, regional, national and international politics become blurred.

Keywords: Lebanon – Iran – Saudi Arabia – ForeignPolicy – Penetrated System

Trabajo recibido: 17/10/2017 Trabajo aceptado: 13/11/2017

* Licenciado en Ciencia Política, Universidad Nacional de Rosario (UNR, Argentina). Docente en nivel medio y universitario (UNR; UCEL). Estudiante de Posgrado (UNR). Investigador del IREMAI-UNR y del Grupo de Estudios sobre Medio Oriente de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UNR). Secretario General Mundial de la *World Lebanese Cultural Union Youth* (período 2014-16). Correo electrónico: sgchaya@hotmail.com

Introducción

En los últimos dos siglos, la presión de diversas potencias extranjeras para influir en la política libanesa ha sido constante. La presencia decisiva del Imperio Otomano hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, las misiones religiosas británicas, estadounidenses y francesas que abundaron en el siglo XIX y la intervención del gobierno de París a lo largo de la pasada centuria dan prueba de ello. Incluso la Unión Soviética, durante su máximo esplendor, tuvo intenciones de tener sus pivotes en el escenario político libanés. El país fue también preso de disputas entre Egipto y Siria durante el auge del panarabismo.

La táctica empleada por las potencias extranjeras fue siempre la cooperación estrecha con alguna comunidad religiosa para perseguir sus objetivos. Así sucedió con los sunitas y el Imperio Otomano, los protestantes y las potencias de habla inglesa, los católicos y los franceses, Moscú y el vínculo con el socialismo en el país, constituido en torno a los drusos, y un largo etcétera.

En el siglo XXI, nuevas potencias ocuparon ese lugar privilegiado de contacto con las comunidades sub nacionales libanesas: Irán y Arabia Saudita. La tensión entre estos referentes emergentes ha cobrado un importante protagonismo, fundamentalmente con la problemática que azota a Siria desde 2011. Al mismo tiempo, en la crisis que dejó al Líbano sin un Presidente de la República entre mayo de 2014 y octubre de 2016, ambos Estados estuvieron profundamente involucrados, llevando al plano local sus rivalidades. Esto puso de manifiesto la permeabilidad de la política interior libanesa frente al accionar de la política exterior de las dos potencias regionales.

Mientras Irán intentó imponer un Presidente que apoyase activamente la permanencia de Bashar Al-Assad en el gobierno sirio, Arabia Saudita, en cambio, pretendía uno que se mantuviese al margen del conflicto. Ambos países accionaron, uno a través de Hezbolá, y otro en conjunto con el Movimiento del Futuro, para influir en las decisiones. Mientras el primero era representativo de los chiitas, el segundo lo era de los sunitas.

El contencioso se resolvió de manera equitativa, gracias al diálogo impensado de las dos potencias: Irán logró instalar a Michel Aoun, un aliado de Hezbolá, en la Presidencia; mientras, Arabia Saudita obtuvo para Saad Hariri, muy cercano a sus intereses, el cargo de Primer Ministro. Más allá de las rivalidades, no era la primera vez que ambos Estados intervenían para resolver problemas políticos en el Líbano. En 2014, las conversaciones entre la cúpula de Hezbolá y el Embajador saudita Ali Awad Asiri permitieron el surgimiento de un gabinete de unidad liderado por Tammam Salam. Además, ya en 2011, Teherán y Riad habían dotado de fortaleza al gobierno del Primer Ministro Najib Miqati (Keynoush, 2016).

Por lo tanto, el objetivo de este trabajo es analizar el accionar de los gobiernos de Irán y Arabia Saudita en el Líbano, para mostrar que ambos utilizan cualquier fisura posible en las estructuras libanesas para colocar sus piezas de ajedrez en el juego de Medio Oriente. Para ello, se abordarán cuestiones referidas a la evolución de las relaciones irano-sauditas, los vínculos entre el gobierno de Teherán y Hezbolá, la conexión entre Arabia Saudita y la familia Hariri, y el entretrejo de esas potencias en el conflicto en Siria.

1. Relaciones irano-sauditas: antecedentes

Una de las principales diferencias entre Arabia Saudita e Irán radica en su adhesión a distintas confesiones del Islam, lo cual ha marcado las relaciones entre ambos Estados. Mientras la población de Arabia Saudita es abrumadoramente sunita (85%), la mayoría de los iraníes son chiitas (90%) (*Central Intelligence Agency*, 2012). Estos dos grupos del Islam mantienen un distanciamiento político, además de religioso. Tras la muerte del profeta Muhammad, su puesto como líder del Islam fue ocupado por Abu Bakr primero y por Omar después, ambos muy cercanos a su gestión cotidiana aunque sin ningún parentesco de sangre. Al poco tiempo, un colectivo cismático llamado *Shiat Ali* ("grupo de Ali") reclamó que la sucesión del Profeta debía recaer en su familia, puntualmente en Ali, primo y a la vez esposo de Fátima, hija de

Muhammad. Estos, que comenzaron a promover una visión más espiritual del Corán y otorgaron más poder a los clérigos, fueron conocidos como chiitas. Los otros, en cambio, se hicieron llamar sunitas o *Ahl El-Sunnah* (“los de la práctica recta”), y desarrollaron una estructura gubernativa vinculada al liderazgo militar, en estrecha relación con los valores religiosos. Mientras que Arabia Saudita fue punta de lanza del sunismo, Irán fue faro para los chiitas (Al-Hibri, 2004). En diferentes momentos, estas tensiones religiosas se tradujeron en movimientos estratégicos.

En la década de 1950, en Irak gobernaba la casa de los Hachemitas, rivales de la dinastía Al-Saud. Al mismo tiempo, Irán estaba unido a Irak a través de un acuerdo militar, el Pacto de Bagdad, firmado en 1955 y promovido por Estados Unidos. En julio de 1956, el líder egipcio Gamal Abdel-Nasser decretó la nacionalización del canal de Suez, por entonces en manos de accionistas franceses y británicos, y se acercó a la Unión Soviética para la compra de armas. Entonces, Estados Unidos creyó prudente intervenir, y promovió el acercamiento de Arabia Saudita al Pacto de Bagdad. Esto fue posible a través de la ayuda militar prometida por el Presidente estadounidense Dwight Eisenhower al Rey saudita Saud en su visita a Washington, en noviembre de 1956. Cuatro meses después, invitado por el gobierno saudita el Sha de Persia, Mohammad Reza, visitó La Meca para realizar la peregrinación (*hajj*), como confirmación de este acercamiento (Keynoush, 2016).

Cuando Egipto y Siria crearon en 1958 la República Árabe Unida, el Líbano quedó atrapado entre dos sectores. Por un lado, los panarabistas, que promovían el acercamiento a la nueva federación. Por el otro, los particularistas, que buscaban que el Líbano continuase alineado a las potencias occidentales.

El Presidente libanés Camille Chamoun, atento al derrocamiento de la monarquía iraquí por parte de los panarabistas, que se había producido en julio de 1958, solicitó la intervención extranjera para poder sostenerse en el poder (Salibi, 1988). Con tal motivo, Washington desplegó unos catorce mil soldados entre julio y octubre de 1958, que ocuparon el puerto y el aeropuerto de Beirut. El eje Riad-Teherán adoptó un rol muy activo en la permanencia del Primer Mandatario, a través del apoyo diplomático y económico.

Más adelante, en la década del sesenta, los gobiernos iraní y saudita recibieron presiones de Estados Unidos para realizar reformas políticas de corte liberal. Ambos respondieron de igual manera, llamando la atención sobre la delicadeza con la que Washington trataba a los gobiernos baazistas de la región, presentes en Egipto, Siria e Irak, con democracias deficientes o inexistentes.

Fue en la década posterior cuando el diálogo sirio-iraní y las disputas en torno al precio del petróleo abrieron frentes de conflicto en el eje Riad-Teherán. Asimismo, la Revolución Islámica (1979) dio a los mecanismos de entendimiento entre ambas naciones un golpe mortal. Irán y Arabia Saudita habían mantenido hasta entonces fuertes lazos de cercanía a través de la gestión conjunta de la seguridad en la región bajo los supuestos americanos de la *Twin Pillar Policy*. Sin embargo, tras la caída de los Pahlevi, la casa reinante persa, esa cooperación se hizo imposible.

En los albores de la guerra Irano-Iraquí (1980-88), Arabia Saudita apoyó al líder iraquí Saddam Hussein, reforzó la coordinación militar con Estados Unidos y abrió espacios de discusión con la creación del Consejo de Cooperación del Golfo en 1981. En esa competitiva relación, en la que Arabia Saudita reaccionaba frente al expansionismo iraní, solo hubo algunas pausas tras la muerte del Ayatolá Ruhollah Khomeini en 1989 y durante la Presidencia del reformista Mohammad Khatami entre 1997 y 2005 (Brown, 2004).

Como regla general, Arabia Saudita ha mantenido una cierta animosidad contra los chiitas, a quienes acusa de herejía, e Irán ha sabido explotar esa situación. El malestar en la provincia saudita de Al-Ahsa generado por los chiitas en la década del ochenta, los ataques contra la familia real en los medios de comunicación iraníes por lo menos hasta comienzos de los noventa, y el atentado en las *Khobar Towers* en Dhahran (1996), en el que Arabia Saudita culpó a agentes persas, han sido algunos de los puntos más álgidos de la relación (Brown,

2004). Más recientemente, la ejecución del clérigo chiita Nimr Al-Nimr por parte de las autoridades de Riad el 2 de enero de 2016 fue seguida por el ataque de un grupo de manifestantes a la Embajada saudita en Teherán y al consulado en la localidad de Mashhad.

Irán, por su parte, fue hasta 1979 un aliado estratégico de Occidente. Tras el período revolucionario, se convirtió en una herramienta tendiente a quebrar el *statu quo* en Medio Oriente. Decidió acercarse a los países que poseían un discurso más radical, como eran Libia y Siria, con quienes Arabia Saudita y los demás Estados de la península mantenían distancia. El Ayatolá Khomeini, líder supremo de Irán, sostenía que era deber de todo musulmán denunciar la corrupción gubernamental y las tiranías. El gobierno persa adoptó entonces una retórica que fue considerada por las monarquías absolutas de la zona como una amenaza a su supervivencia política.

2. Irán y su vínculo con Hezbolá

Es necesario repasar el vínculo que une al Partido de Dios con el gobierno de Teherán para comprender el despliegue de Hezbolá y la creciente influencia iraní en los asuntos de Damasco, especialmente en relación a la guerra civil siria que comenzó en 2011.

Hezbolá es un partido que representa a una importante facción del chiismo en la Cámara de Diputados del Líbano. Tiene un poder que excede a las demás agrupaciones políticas de su país: el de las armas. De hecho, es el único partido que todavía conserva sus milicias desde los años de la Guerra Civil (1975-90). Durante ese conflicto, las agrupaciones más importantes, tales como Fuerzas Libanesas, *Kata'eb*, *Amal*, los socialistas, los “Tigres” del Partido Liberal, entre otros, tenían tropas irregulares. El Acuerdo de Taif (1989), que puso fin a los diferendos, preveía que todos estos grupos serían desarmados. Hezbolá se negó a la firma del Acuerdo hasta que se le aseguró que podría seguir teniendo su armamento. Como explica Augustus Norton,

“Hezbollah (...) justified the maintenance of its armed forces by calling them ‘Islamic resistance’ groups, rather than militias, committed to ending Israel’s occupation. The forces were said to be needed to defend the country against the Israel-sponsored SLA (South Lebanon Army). This position enjoyed wide, though not unanimous support in Lebanon, where the Israeli occupation was seen as an impediment to the country’s recovery” (Norton, 2014:83).

En este contexto cabe aclarar que no hubiese sido posible que Hezbolá sostuviera esa postura rígida ante el gobierno libanés sin los apoyos de Irán y de Siria. Por un lado, el Partido de Dios se formó a instancias del gobierno de Teherán como un movimiento de resistencia con un discurso antisistema, tras su Revolución de 1979.

Por otro lado, y en virtud del orden de la posguerra libanesa, el régimen de Damasco tenía la capacidad de orientar las decisiones en materia de seguridad interior del gobierno de Beirut. Siria usó ese poder para garantizarle al Partido de Dios la conservación de su armamento. Además, consideró a la agrupación como un instrumento para mantener a raya a los otros actores en el Sur del Líbano: las tropas israelíes y el Ejército del Sur del Líbano, una milicia pro israelí formada por libaneses. De ese modo, Hezbolá se convirtió en un lazo que permitió dar nuevos bríos al vínculo Damasco-Teherán.

Este tándem de apoyo a Hezbolá duró hasta 2005. Ese año, el asesinato del ex Primer Ministro Rafic Hariri derivó en masivas demostraciones en las calles de Beirut. Éstas, sumadas a las presiones de Estados Unidos, la ONU y diferentes países de Europa, lograron la salida de las tropas sirias del Líbano, probablemente más de 35 mil, que se hallaban en el país desde 1978. Tras la retirada de Siria, Irán debió redoblar su apoyo a Hezbolá. Ello no significó la desaparición de Siria de la ecuación, sino que Irán cobró mayor protagonismo.

Desde que comenzó la guerra en Siria (2011), el apoyo del gobierno de Teherán ha sido vital para la supervivencia de Al-Assad en el gobierno. Por entonces, tanto Ahmadinejad como el Ayatolá Ali Khamenei, líder supremo, comprendieron la trascendencia de Siria y Hezbolá en

la “línea de defensa del Levante” contra la influencia que las naciones de Occidente prestarían al conflicto. La estrategia no cambió cuando Hassan Rouhani asumió la Presidencia de Irán en 2013 (Akbarzadeh y Conduit, 2016).

Si bien Teherán negó en 2011 estar involucrado en el conflicto sirio, desde un primer momento brindó asesoramiento al gobierno de Al-Assad sobre cómo manejar la cuestión, asegurando armamento de alta tecnología y recursos para el monitoreo de la actividad en internet. Cuando, en 2013, se comprobó la presencia de entre cinco mil y siete mil milicianos de Hezbolá en el territorio sirio bajo la denominación de “Brigadas de la Noche”, las sospechas de intromisión iraní quedaron firmes: sería imposible el accionar de esos cuerpos sin la autorización directa de los comandos en Teherán. Esta resolución, que ponía el acento en la importancia de la situación en Siria, implicaba un giro fundamental para Hezbolá: tradicionalmente, se había abstenido de participar en conflictos que no tuviesen que ver con el accionar israelí en el Sur del Líbano.

Promover el ingreso de Hezbolá en una guerra en suelo extranjero ponía en juego la reputación del partido ante los libaneses. Además, era un desafío para sus militantes. Israel era un enemigo conocido, no así la oposición siria, ni mucho menos los islamistas radicalizados.

El apoyo iraní persistió, y el vínculo entre Hezbolá y Al-Assad fue testigo de ello. La suerte de ambos actores estaba atada, de modo tal que los sucesos en Siria acabaron influyendo en la política interior libanesa al arrastrar al Partido de Dios. En resumen: Siria ha sido el mejor amigo que Teherán ha tenido en la región en las últimas décadas, y el modo de desempeño de los actores en el conflicto civil que atraviesa es solo una muestra de la solidez de esa relación (Akbarzadeh y Conduit, 2016).

Cuando en 2014 la Presidencia del Líbano quedó vacante, Hezbolá auspició una política de consenso para arribar a un único candidato. Ciertamente, Irán no podía permitir la llegada a la Primera Magistratura libanesa de un opositor a su estrategia regional. En el contexto del conflicto sirio, debía asegurar su apoyo al Partido de Dios para mantener su incidencia en el vecino país, atravesado por una guerra que le resultaba de interés. Por tanto, el candidato presidencial a respaldar debía apoyar la condición de la agrupación como “resistencia”, es decir, permitiéndole sostener su condición de facción armada así como contar con el apoyo de Siria.

Por eso siempre renegó de dar quórum a las otras agrupaciones cuando éstas querían reunirse para elegir Presidente. Desde el inicio, Hezbolá tuvo a su candidato: Michel Aoun. No solo contaba con el beneplácito del gobierno sirio, sino que se mostraba dispuesto a sostener el estatus de confrontación con Israel, lo cual lo beneficiaba. Además, dirigía la bancada mayoritaria cristiana de la Cámara de Diputados. Debiendo ser el Presidente de la República católico de rito maronita, sus posibilidades de alcanzar la Primera Magistratura eran incuestionables. Finalmente, en octubre de 2016, en parte gracias a la decisión firme de Hezbolá, Aoun se convirtió en Presidente del Líbano por abrumadora mayoría. Meses más tarde, Arabia Saudita fue el primer país que visitó de manera oficial.

El apoyo que Irán ha brindado a Hezbolá ha trascendido la cuestión militar. Poca atención ha recibido el modo en el que la República Islámica hace uso del “poder blando”, no coercitivo, en la región, especialmente en Líbano, gracias al Partido de Dios. Ese ejercicio se realiza a través de las *bonyadha*, término que podría ser traducido en “fundaciones”. Son instituciones paraestatales iraníes exentas de impuestos que han canalizado la ayuda de benefactores hacia la República y sus simpatizantes, sean iraníes o no. Su importancia en el esquema de poder ha sido fundamental. En otras palabras,

“Any discussion of Iran’s informal economy should make mention of the role of myriad quasi-private foundations and religious endowments called bonyads that manage state-owned enterprises. These large state-affiliated conglomerates, which are often run by clerics and their lay allies, have a firm grip on Iran’s economy through their monopolistic and rent-seeking transactions. Vast amounts of property expropriated from the Shah’s family and other members of the old elite passed to state-run foundations and bonyads, which are charged with aiding the poor. These foundations became a key patronage

mechanism, locking in the clergy's leverage over large sectors of the economy" (Boroujerdi y Rahimkhani, 2016:146).

Las *bonyadha* han promovido los negocios, el cine iraní, el aprendizaje del persa y la filantropía, todo con presencia en los medios de comunicación. Asimismo, han canalizado ideas políticas y culturales, difundiendo las bases de la Revolución de 1979 y el estilo de vida iraní. En cualquier caso, unas de las características salientes de estas fundaciones ha consistido en el estudio de los contextos en los que las iniciativas se aplicarían, generando influencia difusa y positiva. Recapitulando, es posible resumir sus características en tres puntos:

- La promoción de la cooperación internacional mediante la financiación de proyectos que le resulten de interés.
- La creación de un entorno homogéneo en los espacios de acción, poniendo particular atención a las idiosincrasias locales.
- La coordinación permanente de las *bonyadha* con el gobierno de Teherán, a quien se le otorga un rol fundamental.

Hezbollah y diversas *bonyadha* se han asociado para establecer seminarios, difundir publicaciones religiosas y realizar intensa ayuda social en la región de Líbano Sur. El partido funciona como unidad ejecutora de proyectos cuyo financiamiento depende de las fundaciones iraníes, buscando afirmar la presencia iraní en el ideario chiita libanés. En el largo plazo, han demostrado ser muy efectivas (Jenkins, 2016).

3. Arabia Saudita y la familia Hariri

El otro actor relevante en esta disputa ha sido el Reino de Arabia Saudita. En 1989, cerca del final de la guerra civil libanesa, las conversaciones para alcanzar la paz tuvieron lugar en la ciudad de Taif, una localidad saudita cercana a La Meca. Fueron principalmente sus auspicios los que, por entonces, empujaron a la reforma constitucional que llevó a dar más poder al Primer Ministro sunita, en detrimento de las facultades del Presidente maronita. Apoyó también el control sirio sobre la política de seguridad libanesa. Como contraparte, los capitales sauditas comenzaron a llegar con mayor fluidez al Líbano, que necesitaba de ellos para su reconstrucción. Por eso, la década del noventa es la de la consolidación del vínculo saudita-libanés.

El principal agente político de los intereses sauditas en el Líbano ha sido el Movimiento del Futuro, el partido de la familia Hariri. En un país donde el sistema político cuenta con el nepotismo como una de sus características salientes, los Hariri han sido una familia vinculada al poder: Rafic Hariri fue Primer Ministro entre 1992 y 1998, y luego nuevamente entre 2000 y 2004. Su hijo Saad ocupó el mismo cargo entre 2009 y 2011 y por segunda vez desde 2016. Bahía Hariri, hermana de Rafic, es diputada desde 1992.

El apoyo económico del gobierno de Riad los convirtió en representantes excluyentes de la facción sunita. En 1978 Rafic Hariri fundó *Saudi Oger*, una de las compañías constructoras más importantes de la región. La firma creció rápidamente gracias al apoyo del Rey Fahd y la eficiencia de Hariri, y se diversificó a otros rubros, en particular a las telecomunicaciones. El vínculo entre la Casa saudita y la empresa de los Hariri se hizo muy fuerte, y la familia libanesa logró acceso al corazón más íntimo de la monarquía. Fue entonces cuando los negocios comenzaron a fluir entre ambas partes. Incluso la totalidad de los hijos de Rafic Hariri tienen doble nacionalidad libanesa y saudita (Vloeberghs, 2012).

Cuando Rafic Hariri murió asesinado en febrero de 2005, la cuestión de su sucesión fue un delicado asunto. Bahía Hariri, hermana del fallecido, continuó en el Parlamento. Nazik Audi, la viuda, se ocupó de las obras benéficas que su deudo llevaba adelante. Bahaa, el hijo mayor, se hizo cargo de los negocios. Al segundo hijo, Saad, le tocó la gestión política, con Nader Hariri, el primogénito de Bahía, como su principal asistente.

En el ascenso de Saad intervinieron varios factores. Por un lado, la gran relación que sostenía con Nazik, de quien no era hijo, ya que ésta era la segunda esposa de su padre. Por otro lado, la bendición del Rey Abdullah de Arabia Saudita, por entonces príncipe heredero, fue esencial. Saad y el emir habían compartido mucho tiempo en los '90, cuando el primero vivía en el país del príncipe, aprendiendo a manejar el conglomerado familiar tras obtener su título en la Universidad de Georgetown. De carácter más sosegado que el temperamental Bahaa, Saad se convirtió en el elegido por la dinastía Al-Saud para sostener el legado político de su padre, y le dio sendas victorias legislativas en 2005 y 2009 al partido, para la tranquilidad de su principal financista.

El magnicidio de Rafic Hariri significó el distanciamiento de Riad con Damasco, que contempló en silencio las marchas populares que empujaron a las tropas sirias fuera del Líbano. La muerte del principal socio saudita en Beirut, y las acusaciones hacia el gobierno de Al-Assad, acabaron enfriando más la relación. Damasco se arrojó entonces a los brazos de Irán buscando un apoyo que le ayudase a sostener sus posiciones de poder en el Levante.

Ciertamente, más allá de las victorias electorales propiamente dichas, Irán disputaba espacios de poder a Arabia Saudita, por ejemplo en la política exterior. Hezbolá demostró ser ingobernable desde fuera de su estructura en el conflicto con Israel al que arrastró al Líbano en 2006. Eso alteró a los sunitas, especialmente a los del Movimiento del Futuro que estaban a cargo del gobierno.

El período de vacío presidencial entre 2007 y 2008 fue resuelto por el impulso saudita, que promovió en Doha la elección de un candidato moderado e independiente de Irán, el Gral. Michel Sleiman. El vínculo del Presidente a lo largo de todo su período fue de una tensión latente con Hezbolá, con quien se enfrentó en repetidas ocasiones.

Para los comicios de 2014, estaba claro que Arabia Saudita respaldaba al candidato Samir Geagea, con quien Hariri compartía la coalición "14 de Marzo". Por su parte, el candidato Michel Aoun sostenía que su elección era imposible gracias al poder de veto de Arabia Saudita en la política libanesa.

El Rey Abdullah murió a los 90 y fue reemplazado por Salman, su hermano, once años más joven. El cambio de monarca en Riad el 23 de enero de 2015 marcó también un cambio en la política del Reino hacia la República Libanesa y el Movimiento del Futuro. Llegaba al poder una nueva generación de miembros de la casa Al-Saud, entre los que destacaba el nuevo Rey, y los emires Muhammad bin Nayef (Príncipe Heredero, nacido en 1959) y Muhammad bin Salman (Príncipe Heredero Sustituto, que nació en 1985)¹. Ninguno de ellos tenía un vínculo de proximidad con Saad Hariri como lo tenían sus antecesores. De hecho, en la relación con el Príncipe Heredero se presentaron varias tensiones cuando su Alteza Real pidió que Hariri fuera removido como responsable del Movimiento del Futuro.

Algunas de las medidas que Arabia Saudita tomó en relación al Líbano tras la llegada de esta nueva generación al poder en la Familia Real fueron:

- En febrero de 2016, cortó el financiamiento de entre tres mil y cuatro mil millones de dólares estadounidenses que Riad había prometido al Ministerio de Defensa Nacional del Líbano como un apoyo al equipamiento de sus Fuerzas Armadas. El objetivo era que Líbano pudiese combatir las incursiones de los extremistas sin recurrir a la ayuda de Hezbolá.
- También en febrero, alentó a que Bahreín y los Emiratos Árabes restringieran el turismo de sus ciudadanos al País de los Cedros. El turismo regional es uno de los principales ingresos que tiene Líbano para su debilitada economía.

¹ El 21 de junio de 2017, el rey Salman removió a su sobrino Muhammad bin Nayef como Príncipe Heredero, entregando ese título a su hijo Muhammad bin Salman. El cargo de Príncipe Heredero Sustituto quedó vacante.

- En marzo logró que el Consejo de Cooperación del Golfo y la Liga Árabe etiquetaran a Hezbolá como una organización terrorista, a pesar de la negativa del Ministerio de Relaciones Exteriores del Líbano.
- En julio concluyó el mandato de su Embajador en Beirut, y no envió reemplazo alguno.
- En septiembre, el gobierno saudita permitió que se hicieran públicos los problemas financieros que estaba atravesando *Saudi Oger*. Ello incluyó las escandalosas protestas de empleados, que hablaban de explotación laboral. El gobierno se comprometió a rescatarla aunque con opción a compra.

Estas acciones estaban vinculadas a desacreditar a Hariri como interlocutor, no tanto a perjudicar al Estado libanés. Quedó con un menor margen de negociación en relación a las demás agrupaciones, especialmente Hezbolá. Esto contribuyó al período de indefiniciones en torno a la Presidencia.

En la nueva relación que Arabia Saudita emprendió con el Líbano, ahora menos emocional, la Casa Saud encontró un país con una aplastante influencia iraní, y culpó de ello al Movimiento del Futuro. Emprendió entonces la búsqueda de nuevos líderes para la conducción de la facción sunita, no queriendo reemplazar del todo a los Hariri, pero sí obligándolos a compartir el poder. Por entonces, se hicieron frecuentes las reuniones promovidas por Arabia Saudita con Ashraf Rifi, el Intendente de la ciudad de Trípoli, con el Diputado Abdel-Rahim Mourad, aliado del Presidente sirio, y con los ex Primeros Ministros Najib Miqati y Fouad Siniora. Al mismo tiempo, se abrió al diálogo con líderes de otros grupos religiosos, como el referente cristiano Samir Geagea, de Fuerzas Libanesas.

Arabia Saudita no perdió interés en el Líbano, sino que decidió cambiar de plan. El contexto regional poco amigable, con un grave conflicto estallando en su vecino Yemen, apuró aun más esta estrategia. A lo largo de la vacante presidencial libanesa de 2014-16, Arabia Saudita buscó instalar candidatos enfrentados a Hezbolá y que fuesen reacios a su intervención en Siria. Un exponente de esa postura fue Samir Geagea, de Fuerzas Libanesas, que participaba en una alianza electoral con Hariri. En enero de 2016, la sorpresiva renuncia de Geagea a su candidatura a favor de su rival Aoun fortaleció la postura pro iraní y dejó a Riad atónito. Finalmente, decidió respaldar a Aoun, instando a Hariri a que ocupara el cargo de Primer Ministro en un eventual gobierno, porque entendió que el primero era una garantía de estabilidad: no solo contaba con el apoyo de las dos bancadas mayoritarias en la Cámara de Diputados, la propia y la de Geagea, sino que, por otro lado, el apoyo de Arabia Saudita y los sunitas de Líbano le daban una garantía de estabilidad al país y constituían un límite para Hezbolá y el accionar de Irán (Jabbour, 2016). En definitiva, el respaldo saudita a la coalición cristiana le daba mayor autonomía y eliminaba la dependencia exclusiva de ésta con las autoridades de Teherán.

4. Irán, Arabia Saudita y la guerra en Siria

Medio Oriente es una zona en la que la seguridad regional es un asunto complejo, dado el sistema interdependiente con altos niveles de temor y amenaza, donde conviven además fuerzas transnacionales de gran poder que desafían las identidades nacionales. Tras la Revolución Islámica (1979), Arabia Saudita se propuso contener a Irán en varios frentes (Hartmann, 2016).

Uno de esos frentes ha sido Líbano, pero no es el único. Estas dos potencias emergentes, que han sido descritas en su relación mutua y en su accionar en el terreno libanés, tienen otra arena de enfrentamientos: Siria. Y la situación allí impacta fuertemente en todo lo que sucede en su vecino. Entonces, más allá de la dinámica en la que Irán y Arabia Saudita se involucran en relación al País de los Cedros, hay otra situación que también afecta al Líbano, aunque no sea ese país el principal terreno de acción. Como afirman Haddad y Wind:

“One of the factors that serve to distinguish the Syrian uprising from the uprisings that have taken place elsewhere is its importance at a regional level. The Syrian uprising

quickly became more than merely a national uprising. It now involves, encompasses, and engages a number of conflicts and issues of wide-ranging regional and international significance: the Syrian case engages the Arab–Israeli conflict; the question of resistance to imperialism generally; the question of Hezbollah; the power struggle between Iran, Syria, and Hezbollah on the one hand and Saudi Arabia, Qatar, and the Gulf Cooperation Council countries on the other; the tensión between Sunnis and Shi'as (nearly always instrumentally exacerbated by political actors); and, most recently, the question of regional Islamism due to the Syrian uprising's Islamist dimension” (Haddad y Wind, 2014:406).

Esta importancia regional de la guerra en Siria ha afectado al Líbano profundamente. El país fue arrastrado al juego que en ese territorio llevaban adelante Irán y Arabia Saudita. De hecho, la falta de un Presidente entre 2014 y 2016 se debió en parte a la imposibilidad entre ambas potencias de ponerse de acuerdo sobre el rol que debía jugar el Líbano en el conflicto. ¿Tenía que cortar lazos con su vecino y abandonarlo a su suerte? ¿O apoyar a los líderes de Damasco?

Cuando Hezbolá anunció en 2011 su respaldo al Presidente sirio Al-Assad, Michel Sleiman, el Jefe de Estado libanés, abrió el diálogo con los partidos políticos para evitar el derrame del conflicto en el país vecino hacia el Líbano. En la Declaración de Baabda (2012), se estableció la “política de disociación” que, si bien no apuntaba a adoptar una posición clara de neutralidad, sí perseguía evitar de cualquier forma la formulación de políticas en bloque con otros países de la región o del mundo, como una forma de rehuir a posibles tensiones o crisis al interior de las comunidades que habitan el país. El documento declaraba que Líbano no podría ser sede de contrabando de armamentos o entrenamiento de combatientes, específicamente hablando sobre el conflicto en Siria. Anunciado de manera rimbombante como un nuevo pacto fundacional comparable a la Constitución, el acuerdo nació muerto. Irán había mandado a Hezbolá que respaldara al gobierno sirio ante la afrenta que implicaba la expansión de la llamada “Primavera Árabe” en ese país.

Por otro lado, el sunita Movimiento del Futuro se mostró entusiasta ante la posibilidad de la caída del gobierno de Al-Assad, convencido que ello derivaría en una mayor autonomía para Líbano, siempre a la sombra de su poderoso vecino. El entusiasmo del partido de Hariri era compartido por Arabia Saudita, su benefactora, expectante ante la posibilidad de derribar a uno de los principales alfiles de Teherán en el Levante.

Ello derivó en un enfrentamiento entre ambas agrupaciones, y la toma de decisiones políticas quedó paralizada por las indefiniciones en torno a la seguridad fronteriza, la paralización de las designaciones en altos cargos en los organismos de defensa y seguridad, el nulo avance del Tribunal Especial para el Líbano (TEL), la incapacidad para contener las tensiones internas en la población con escaladas de violencia, entre otras cuestiones. Todo ello produjo la caída del gabinete encabezado por Najib Miqati en 2013. No fue hasta diez meses más tarde que el nuevo Primer Ministro Tammam Salam fue designado, fruto del diálogo entre Hezbolá y Arabia Saudita.

La tensión entre sunitas y chiitas prendió no solo en el plano político, a través del enfrentamiento entre el Movimiento del Futuro y Hezbolá. También incluyó un conjunto de amenazas nuevas a la vida cotidiana de los libaneses, que otra vez comenzó a ser azotada por acciones de terror. Otros rostros de la rivalidad sunita-chiita en el territorio libanés, que eclosionaron tras el comienzo de la guerra en Siria, han sido los siguientes:

- En **Trípoli** se dieron enfrentamientos recurrentes entre sus habitantes. Los más comunes derivaban de la rivalidad entre el barrio sunita de Bab-Al-Tabbaneh, identificado con la oposición siria, y la zona alauita de Jabal Mohsen, habitada por partidarios de Al-Assad. En 2011, las escaramuzas entre ambos grupos empujaron a la participación del Ejército libanés para mantener la paz.
- Algo similar sucedió en 2013, en **Sidón**. Los seguidores del clérigo sunita Ahmad Al-Assir, que denunciaba la presencia de chiitas libaneses en el conflicto sirio, se

enfrentaron a los militantes de Hezbolá. El Ejército nacional tuvo que intervenir nuevamente para calmar a las partes.

- Los distritos chiitas de **Beirut** también fueron arrastrados al desastre. Hubo dos atentados en Dahieh en 2013, presuntamente armados por la oposición a Al-Assad, y otro en Bourj Al-Barajne en 2015, ideado por agrupaciones afiliadas a Al-Qaeda. Tampoco quedaron exentos de la violencia del radicalismo islámico los intereses iraníes en la ciudad, tan caros a Hezbolá. La Embajada sufrió un ataque por un coche bomba en 2013 y, un año más tarde, un centro cultural iraní fue atacado por dos suicidas.
- La localidad de **Arsal**, en el noreste del Líbano y fronteriza con Siria, también fue arrastrada al conflicto en varias ocasiones: en 2012 fue víctima de un ataque aéreo realizado por el gobierno de Al-Assad, en 2013 el Ejército fue emboscado por los militantes islamistas y, en 2014, las fuerzas armadas e ISIS se pelearon durante cinco días por el control de la ciudad, que quedó finalmente bajo soberanía del gobierno nacional.
- En la localidad de **Qaa**, cercana a la frontera siria y habitada fundamentalmente por cristianos, tuvieron lugar en junio de 2016 una serie de atentados contra la población civil, organizada por el radicalismo islámico.
- También pertenecen a esta lista los **asesinatos** de dos referentes políticos libaneses cuya muerte quedó sin resolver. Ambos eran cercanos a la familia Hariri, sunitas y opositores explícitos a Al-Assad. Por un lado, la de Wissam Al-Hassan en 2012, cabeza del organismo inteligencia al interior de la gendarmería nacional (2006-12). Por otro, en 2013, la de Mohammad Chatah, ex Ministro de Finanzas (2008-09).

La seguridad mejoró hacia 2014-15, fruto del diálogo que en este punto encararon el Movimiento del Futuro y Hezbolá, bajo los auspicios del Primer Ministro. Ello permitió el despliegue de tropas del Ejército en la región de Bekaa y las ciudades de Trípoli, sumados a operativos más intensos en Beirut. La seguridad no dejó de estar amenazada por la presencia de agrupaciones islamistas extremas, pero la conflictividad encarada por actores nacionales bajó. Se mantuvieron las disputas en otros puntos, empero de un cariz más administrativo: nombramientos diversos en las fuerzas de seguridad, la dirección de los controles aeroportuarios, etc. Pero la seguridad exterior se convirtió en un tema de trabajo conjunto.

Como se observa, el conflicto sirio ha estado muy presente en Líbano, y ha trasladado el tradicional eje de tensiones entre musulmanes y cristianos a uno nuevo, que replica el de la guerra vecina: el enfrentamiento sectario entre sunitas con chiitas. De hecho, es posible realizar paralelismos entre picos de combate en Siria que se replican en el Líbano. Por ejemplo, el momento de mayor tensión en Trípoli tuvo lugar cuando el Partido de Dios realizó una incursión victoriosa en la ciudad de Al-Qusayr, que gobernaban los opositores a Al-Assad, entre mayo y junio de 2013. Justamente, ambos grupos se identifican con dos partidos políticos, que son el Movimiento del Futuro y el Hezbolá. Mientras para los primeros Siria es terreno fértil para el fortalecimiento de Irán, para los segundos es zona de reproducción del extremismo islámico más conservador y, al mismo tiempo, una posibilidad para el fortalecimiento de Israel (Felsch y Wählsich, 2016).

Conclusiones: ¿Un “Estado Penetrado”?

Habiendo considerado la cuestión el vínculo entre Irán, Arabia Saudita y Líbano, ¿qué se puede entonces decir sobre estos Estados, donde hasta los resortes más recónditos de su soberanía interior, como los partidos políticos, las Fuerzas Armadas y la política exterior, reciben presión tan intensa por parte de otros actores externos? Sobre esto, nos ha arrojado un poco de luz el autor Leo Carl Brown al hablar sobre el “Estado Penetrado”:

“Un sistema político penetrado es aquel que no es ni absorbido por el desafiador foráneo ni puede liberarse de la sujeción al mismo. Un sistema penetrado existe en confrontación continua con un sistema político dominante exterior. El mejor modo de medir el grado de

penetración de un sistema político es observar cómo las diferencias entre las políticas locales, regionales, nacionales e internacionales se vuelven borrosas” (Brown, 1984:5)

Líbano, en relación al postulado de Brown, es un sistema político penetrado, donde no hay uno sino dos sistemas políticos dominantes exteriores: el de Irán y el de Arabia Saudita. Estos sistemas foráneos, aunque compiten entre sí por controlar el timón del actor penetrado, también dialogan, negocian y pactan su accionar sobre el Líbano cuando las tensiones se vuelven extremas, buscando, en esos momentos, salidas equilibradas que sumergen al país en un ámbito de neutralidad vigilada. No hay voluntad de absorción del Estado en cuestión, sino de penetración.

Medio Oriente es una región enteramente interpenetrada, donde los Estados se relacionan entre sí y entre los poderes foráneos de una manera compleja. Siguiendo a Brown, el autor establece que:

“We do presuppose several important points concerning the Middle East as an international relations subsystem: it is a distinctive region, characterized by a shared history and culture, that has been intensively penetrated by the Western state system for at least the past two centuries. It is, and has long been, composed of polities differing greatly in size, wealth, and power. These many polities interact among themselves and without side powers in a complex pattern” (Brown, 2004:304).

En tal sentido, la complejidad del escenario regional a la que alude Brown está siempre presente. La cuestión siria agrega complejidad al vínculo sirio-libanés y a la rivalidad iraní-saudita. Por tanto, no basta con focalizar la dinámica en la que interactúan los países en cuestión sin tener en cuenta la actividad regional. Además, se debe poner sobre la mesa la necesidad de considerar también las vinculaciones de la zona con las potencias occidentales. Por otra parte, los actores nacionales de los Estados penetrados aprovechan la presión de las potencias y la rivalidad que entre ellas se presenta para su propio beneficio, afirma Brown. Ello vuelve a esas naciones mucho más inestables.

En la misma línea, advierte Anoush Ehteshami que en Medio Oriente se contempla una “región sin regionalismos”, fruto de las pujas entre las potencias por delimitar identidades nacionales en la zona que resulten afines a sus intereses:

“Colonialist policies of the European powers, and then the 1945–89 Cold War, have had much to do with the creation of divisions in the Arab world. Sovereign Arab states have found it hard to create an effective Arab-wide platform to share, as manifested in the failures of the Arab League as a regional organization since its foundation in 1945. Arab states, since their foundation, have been divided, largely thanks to the machinations of such western European powers as France, Britain and Italy, and their own desire to carve for themselves national identities” (Ehteshami, 2007:41).

Como resultado, el nivel de tensión intrarregional es elevado, así como es dificultosa la cooperación, privándose estos vecinos del armado de un mínimo mercado zonal. Por eso, en lugar de hablar de una región fragmentada, resulta más propio identificarla como una zona fracturada, debido a las disidencias que históricamente se han dado en su interior: la presencia israelí que genera dependencia en materia de defensa de actores externos, los problemas ideológicos vinculados a la creación de la República Árabe Unida, el impacto de la Revolución Islámica en Irán, la invasión iraquí a Kuwait, la lucha contra el terrorismo, etc. Por tanto, la situación libanesa, en lugar de ser un factor de atención que convoque a la unidad regional, es un nuevo factor de división donde las opiniones de las partes derivan en la rápida conformación de subgrupos antagonicos.

En otras palabras, los gobiernos de Riad y Teherán, a través de su estrategia para Siria, desplegaron sus aspiraciones sobre el rol que Líbano debe jugar en ese contexto. Por tanto, las pretensiones que ambas potencias han tenido en relación a la “República Mercante” no estuvieron vinculadas únicamente al contexto interno del país, sino también al papel que pretendieron que Líbano desempeñe a nivel regional.

Es por ello que se puede aventurar que, en el caso libanés, se está en presencia de un Estado interpenetrado en una región fragmentada. Envuelto en la permanente articulación de actores domésticos, regionales e internacionales, la fragmentación interna del Líbano es alentada por la agitación de terceros países. Pero el Líbano no es una excepción, sino una muestra de cómo la división promovida desde el exterior es también una constante regional.

Bibliografía

- AKBARZADEH, S.; CONDUIT, D. (2016). Charting a New Course? Testing Rouhani's Foreign Policy Agency in the Iran-Syria Relationship, en AKBARZADEH, S.; CONDUIT, D., *Iran in the World. President Rouhani's Foreign Policy*, Palgrave and Macmillan, London
- AL-HIBRI, T. (2004). Islam, en MATTAR, P. (comp.) (2004). *Encyclopedia of the Modern Middle East and North Africa*, MI: Thompson-Gale, Farmington Hills
- BOROJERDI M.; RAHIMKHANI, K. (2016). The Office of the Supreme Leader: Epicenter of a Theocracy, en BRUMBERG, D.; FARHI, F. (comps.), *Power and Change in Iran. Politics of Contention and Conciliation*, Indiana University Press, Indianapolis
- BROWN, L. C. (1984). *International Politics and the Middle East: Old Rules, Dangerous Game*, IB Tauris, London
- BROWN, L. C. (2004). *Diplomacy in the Middle East: The International Relations of Regional and Outside Powers*, IB Tauris, London
- CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY (CIA) (2012). *The World Factbook* (online). Disponible en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/>. Consulta: 11 de febrero de 2017
- EHTESHAMI, A. (2007). *Globalization and Geopolitics in the Middle East: Old Games, New Rules*, Routledge, New York
- FELSCH, M.; WÄHLSICH, M. (comps.) (2016). *Lebanon and the Arab Uprisings: in the Eye of the Hurricane*, Routledge, New York
- HADDAD, B.; WIND, E. (2014). The Fragmented State of the Syrian Opposition, En KAMRAVA, M., (comp.) (2014), *Beyond the Arab Spring. The Evolving Ruling Bargain in the Middle East*, Oxford University Press, New York
- HARTMANN, L. (2016). *Saudi Arabia as a regional actor: threat perception and balancing at home and abroad* (online). Disponible en http://www.sciencespo.fr/psia/sites/sciencespo.fr/psia/files/HARTMANN_Laura_KSP_Paper_Award.pdf. Consulta: 2 de marzo de 2017
- JABBOUR, R. (2016). *Saudi Policy in Lebanon in Review* (online). Disponible en <http://meirss.org/2016/11/15/>. Consulta: 6 de febrero de 2017
- KEYNOUSH, B. (2016). *Saudi Arabia and Iran: Friends or Foes?*, Palgrave and Macmillan, London
- NORTON, A. (2014). *Hezbollah. A Short History*, Princeton University Press, Princeton
- SALIBI, K. (1988). *A house of many mansions: the history of Lebanon reconsidered*, IB Tauris, London
- VLOEBERGHES, W. (2012). The Hariri Political Dynasty after the Arab Spring, *Mediterranean Politics*, Volumen 17, número 2, pp. 241-248